

Cómo caminar los límites de la megalópolis

Texto y fotografías: Feike de Jong

En 2009, recorrí la orilla de la Zona Metropolitana del Valle de México. Tardé 51 días en hacerlo. Se trataba, más o menos, de 700 kilómetros. Mi única regla fue que la totalidad del trayecto, hasta regresar al punto de partida, sería a pie.





Una travesía de semejantes proporciones es un ejercicio de muchísima utilidad para el arquitecto, el urbanista o el especialista en arquitectura de paisaje. Considero que emprender un recorrido de esta naturaleza es algo que todos deberíamos hacer para sensibilizarnos y comprendernos humana y socialmente. En la época que vivimos, la planeación urbana se realiza a partir de Excel, Google Maps y una visita guiada de mediodía... Esto no debe continuar así.

La capacidad de desenvolverse en campo, para comprender el territorio sin prejuicios y llegar a conclusiones no preconcebidas por los expertos en el extranjero, de nuevo se torna importante, incluso imperante. Con ello se alcanzarán nuevas vetas en la arquitectura y el urbanismo de Latinoamérica.

El conocimiento de la orilla de una urbe —de aproximadamente 20 millones de personas en un país en vías de desarrollo— puede significar una ventaja competitiva para los estudiosos del territorio. Es precisamente en las orillas de las megaciudades donde se espera gran parte del crecimiento poblacional. De ahí que tales zonas deberían presentar especial interés para los urbanistas interesados en la Ciudad de México.

Caminar alrededor de una megalópolis requiere de mucho tiempo. Ciertamente, cuando se tiene una vida profesional y familiar, puede resultar difícil. Sin embargo, hacerlo es fundamental porque caminar durante varios días produce un cambio en nuestra manera de ver el mundo. El caminante, sin lugar a dudas, se vuelve más sensible al simbolismo y se pierde con mayor facilidad en las memorias y los sinsentidos de la imaginación. Caminar es un método de investigación por sí mismo, especialmente para las personas con ambiciones creativas. Sólo caminar durante más de diez días transforma el modo de percibir y dimensionar las ciudades y el mundo.

Además, quien camina se mueve en el mismo plano que los seres humanos que habitaron la tierra antes de que llegaran los medios de transporte. En este sentido, se comparte la experiencia de aquellos seres que existieron cuando surgieron la arquitectura y las urbes.

Mientras transitamos la ciudad, siempre estamos donde lo planeamos, o en una ruta hacia este destino; esto distorsiona mucho la imagen mental de la ciudad, porque para alguien que sólo se mueve en Lomas de Chapultepec o en el Pedregal de San Ángel, la ciudad es como Lomas o el Pedregal y está rodeada por una zona de terror mítico. Tendemos a saturar de



prejuicios el territorio que desconocemos. Y así, inevitablemente, por abiertos que seamos, cada quien vive con una versión distorsionada de la ciudad, en la que nada más caben las áreas favoritas, el barrio que se habita, el lugar de trabajo, etcétera. De este modo, terminamos por construir una idea de normalidad que nos hace sentir seguros o cómodos, pero que en realidad nos limita y nos desubica.

Caminar distancias largas dentro de la ciudad cambia está viciada dinámica, porque se aprecian con detenimiento las zonas que no nos llamaban la atención y las áreas que habíamos vuelto invisibles por no corresponder con el origen ni con el fin de nuestros viajes ciudadanos. Caminando se puede llegar a lugares donde uno sólo está por coincidencia, lo cual vuelca y transforma la imagen urbana que se tenía. Caminar te obliga a ver qué existe entre A y B, experiencia esencial cuando uno es urbanista —porque lo que hay entre A y B, eso precisamente, es la ciudad.

Caminar también te vuelve vulnerable; lo cierto es que nada agudiza tanto las capacidades de percepción como el miedo. Cuando temes, te conviertes en un observador excelente. Al recorrer a pie los límites de la ciudad, no hay posibilidad de escape. Esto significa que los miedos deben enfrentarse y los prejuicios se tienen que superar. Tal condición de vulnerabilidad acontece porque las condiciones se comparten con los habitantes de la zona recorrida e investigada. Semejante ejercicio, desde luego, confiere sólidos cimientos para la comprensión y la comunicación.

¿Pero cómo se organiza una caminata de esta naturaleza? No se hace. Intenté preparar el viaje con un año de anticipación, hasta darme cuenta de que era imposible y representaba una tremenda pérdida de tiempo. Supongo que mucha gente ha pretendido realizar una caminata así, pero nunca la

llegó a concretar justamente por intentar planificarla y controlar todos los detalles. Lo que resulta muy cierto es que uno se puede llegar a sentir como parte de un comando militar, viendo mapas y metiéndoles etiquetas, indicando lugares de interés y buscando hoteles. Pero al momento de llevar a cabo la tentativa, se cae en cuenta de que los mapas no representan el territorio que transitamos: hay hoteles que no se ubican en Internet; te percatas de que los intereses propios van cambiando, y los tiempos y las distancias que uno estima detrás de un escritorio realmente no sirven de mucho. No hay que intentar organizar lo que no se puede planificar. Es ésta una de las lecciones vitales que este ejercicio me dejó. Sin embargo, existen numerosas ventajas en el hecho de que la orilla de la ciudad se encuentre tan próxima: es fácil visitarla, regresar y citar. De ahí que la investigación previa de áreas de la orilla sea factible y sensata.

Se necesita algo de dinero para hacer un viaje como éste; no obstante, si se vive en la Ciudad de México, probablemente no haya opción más económica. Caminar tiene sus ventajas, los gastos en transporte son prácticamente nulos. El mayor radicaría en el hospedaje en hoteles de paso, que cuesta entre 200 y 500 pesos por noche. En mi experiencia, dichos hoteles fueron seguros, cómodos, generalmente limpios y, en su forma, hasta interesantes. Por lo general, empezaba a preguntar dónde estaba el más cercano a las cuatro de la tarde. Si uno hace el esfuerzo, puede encontrar sitios para hospedarse con amigos o conocidos en la periferia recorrida. Hay ciertas zonas sin hoteles, como el Desierto de los Leones y Milpa Alta; si se considera la posibilidad de acampar, creo que estas partes del sur de la ciudad serían las más convenientes. Obviamente, se debe pedir permiso a los ejidatarios. Por lo demás, el único gasto ineludible sería la comida.







Más allá del tiempo y del dinero, el obstáculo primordial a vencer es la inseguridad. Antes de emprender la caminata, me advirtieron que era algo muy peligroso. Viví las primeras semanas en un estado de paranoia, pero con el tiempo desarrollé una visión más realista de la inseguridad. Primero que nada, debo decir que, desde mi percepción, el riesgo de ser atropellado, mientras se anda todo el tiempo por lugares que no fueron hechos para peatones, es mayor que el de ser asaltado. Finalmente, no me sucedió nada, pero si tuviera que resumir las partes de la orilla donde sentí peligro, diría que las áreas aledañas al aeropuerto son problemáticas, así como las cercanías a las lomas de la Sierra de Guadalupe. Las zonas de chozas, con aspecto terrorífico, no siempre son las más peligrosas. Los lugares más inseguros suelen ser más viejos, colonias antiguas quizá. Aun así, en su mayoría, buena parte de la orilla de la ciudad es muy tranquila. Insisto: nadie me asaltó ni me amenazó durante el recorrido.

En general hay que estar conscientes de que todo el territorio tiene dueño: campesinos, pandillas, organizaciones de colonos y un enor-

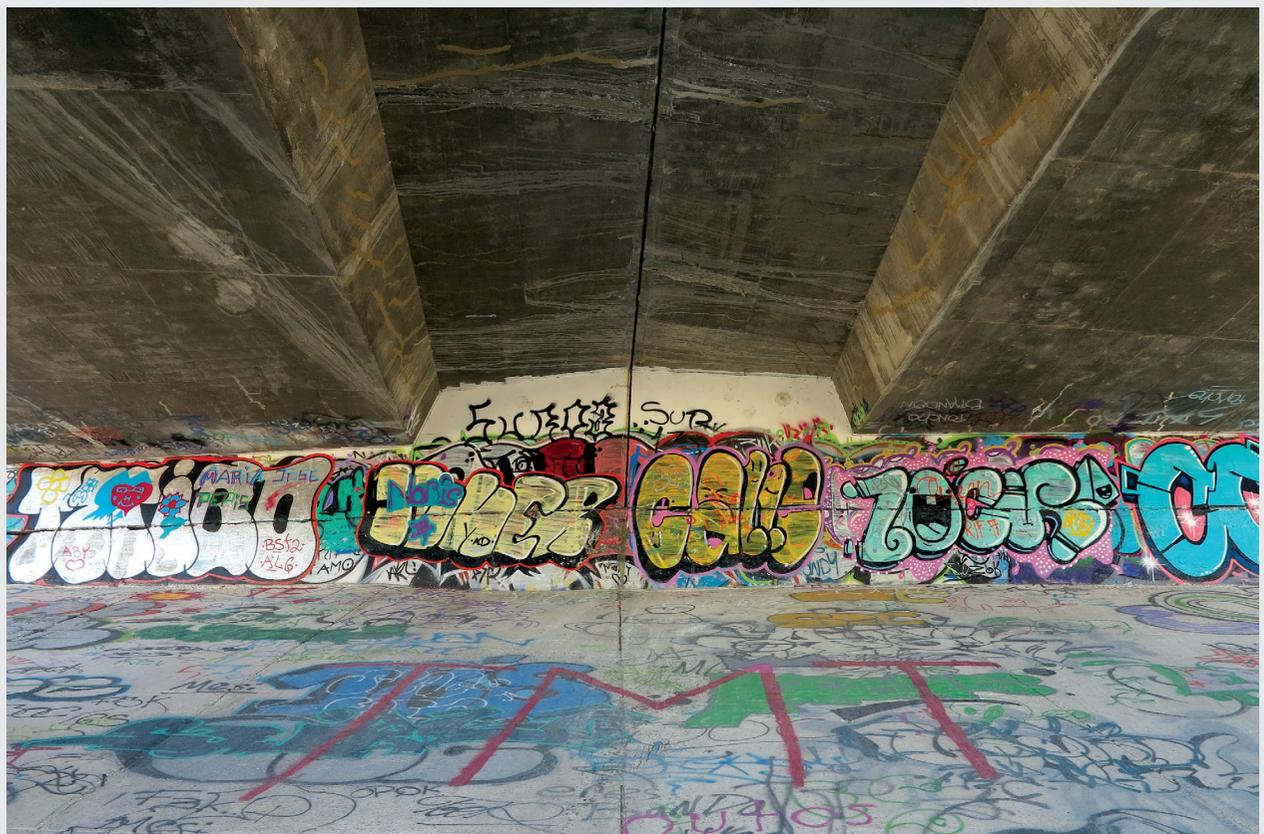
me etcétera. Es preciso moverse como un buen huésped, ante todo con respeto, así como comprender y ubicar dónde se hallan las fronteras. También se debe tener en cuenta que uno de los grandes problemas de los campesinos es el robo hormiga de sus cosechas por gente que vive en ciudades aledañas. Más vale contar con una amplia consideración respecto de las zonas rurales que rodean la ciudad.

En este sentido, el territorio abre las puertas para malentendidos, fuentes de peligro cuantiosas y, a veces, inexorables. Por lo mismo, uno debe esforzarse por ser visible y comportarse de manera transparente.

En el proceso se aprende cómo actuar ante los grupos de perros que te detienen cuando pasas por las casas que vigilan. Siempre podrás agarrar una piedra, pero no es un recurso que quieras usar en todas las ocasiones. Después de varias semanas, entendí cómo debía comportarme con ellos. Pasé como si fuera uno de los vecinos, ni más ni menos, sin prestarles la menor atención. Con esta misma actitud hay que moverse en las colonias, como si uno tuviera un destino en ellas, no mirando un mapa en el *smartphone*.

En cuanto a la información básica de una colonia, vale la pena aprovechar las pequeñas transacciones para hacer algunas preguntas. Cualquier tienda de abarrotes es fuente fecunda de información. Además, incluso en las zonas urbanizadas, siguen existiendo oficinas de ejidos. Generalmente, los encargados cuentan con un conocimiento profundo sobre la historia de la urbanización de los alrededores. Por otra parte, las oficinas de las organizaciones populares de colonos también pueden ser pozos de información en casi cualquier parte de la orilla. A estos sitios, se llega preguntando.

Un viaje como el que he descrito es enriquecedor para cualquier ser humano. En el caso del arquitecto o del urbanista que esté documentando la ciudad, una caminata así brinda una riqueza pedagógica inmensa y es poco empleada hasta ahora. A la orilla de esta megalópolis, los fenómenos urbanos son abundantes: unidades habitacionales, asentamientos humanos, carreteras, canales, lagos, zonas megabiodeversas, desarrollos de lujo, campos de golf... La orilla rodea un mar de casas, cada cual con su respectiva idiosincrasia.





Sólo me queda afirmar que la orilla de la Zona Metropolitana del Valle de México es una fuente de inspiración inagotable para la arquitectura y el urbanismo. Recorrerla, atravesarla, caminarla y perderse en ella son las rutas hacia el urbanismo del futuro. Para comprender la ciudad, recomiendo darse una vuelta por sus límites.



Límites
Libro app para android

Feike de Jong
Maestro en Filosofía
Radboud University Nijmegen
Periodista e investigador urbano
✉ newsfeike@gmail.com

Feike de Jong es un periodista e investigador urbano holandés que reside en la Ciudad de México desde hace más de 15 años, donde ha trabajado para CNNMéxico, Fortune Magazine, The Guardian, Atlantic CityLab, Expansión y Obras. Ganó el Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter en 2010 por un reportaje sobre el cambio climático.

También ha descrito la periferia de la Zona Metropolitana del Valle de México en diversos medios de comunicación. Según su opinión, se trata de uno de los paisajes más maravillosos del mundo por su cantidad de volcanes y serranías. Asegura que es difícil tener esta percepción si no se sube a los cerros y se confirma que la ciudad posee sitios naturales únicos y biodiversos. Esta experiencia quedó documentada en un libro app titulado *Límites*, el cual ofrece un mapa interactivo con crónicas, fotografías y entrevistas. Actualmente, es posible recorrer los volcanes de la zmm en compañía suya, gracias a las expediciones organizadas por el Museo Tamayo.